

Resignificando la realidad desde sus pliegues: los oficios de Rafael Baena

8
1223-133

CARLOS ANDRÉS ALMEYDA GÓMEZ

HACIA 1895, Miguel de Unamuno introdujo en la discusión sobre la historia y el sentir de España, el concepto de *intrahistoria*¹ como la posibilidad dialéctica de romper con el cariz totalizante y esquemático de la historicidad a través del agregado que supone la confrontación constante entre dicha abstracción de la realidad y el flujo continuo e imperecedero de lo intrahistórico, esto es, la recuperación, acaso la reformulación de ese pasado, desde la lengua y el parecer popular, reabriendo aquello que los historiadores han querido rotular como algo ya establecido. Esta nueva historia, que a su vez supone una figura subjetiva que acude a los pliegues de una verdad establecida, casi dogmática, es la que puede reabrir dicho baúl estadístico y documental para despojarlo de su linealidad y con ello permitirle fluir, como bien conviene al ejercicio siempre latente de la memoria. En más de un sentido, lo expuesto por Unamuno viene a confirmar en qué grado las revisiones de la historia tendrán que resemantizar el discurso que se presume real, pero que aquí ha de estar liberado de tal yugo a través, no sólo de contextos y lengua, como se suele ver desde su sentido lingüístico propiamente dicho, sino desde la resignificación que implica el buscar en los pliegues del tiempo aquella otra realidad, acaso paralela a la que cuentan los libros y la historia autorizada.

Página anterior:
Rafael Baena.

Lo anterior me sirve, más que para discernir sobre teoría literaria, para revisar con algo de libertad el no tan reciente fenómeno de la novela de carácter histórico que se viene escribiendo en Colombia y por el que algunos medios han creído ser testigos de una suerte de *boom* de este subgénero, como en efecto ocurriera en la narrativa española de los años noventa. En este grupo de obras, la revista *Arcadia*² incluyó en su momento la ópera prima de un periodista y reportero gráfico, cuyo oficio como escritor devendría del azar de otras profesiones, como se verá más adelante. Junto a nombres como Juan Gabriel Vázquez, Andrés Hoyos, Fernando Toledo, Eduardo Serrano, William Ospina, Víctor Paz Otero —acaso Germán Espinosa, R. H. Moreno-Durán, Fernando Cruz Kronfly o García Márquez—, se incluye el nombre de Rafael Baena (Sincelejo, Sucre, 1956), quien en 2007 publicaba su primera novela *Tanta sangre vista*³, ambientada ésta, ya en palabras suyas, en “un periodo de la historia que ha sido poco explorado en la literatura colombiana e incluso en la misma disciplina histórica”. Más adelante, el articulista de *Arcadia*, Santiago Villa Chiappe, agrega: “Los historiadores colombianos que investigan el siglo XIX tienen un apodo para su campo de estudio que a veces pronuncian con una sonrisa en la boca y otras con un vestigio de frustración. Lo llaman ‘el siglo olvidado’”⁴.

1. Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*. Espasa-Calpe Argentina, 1952, 146 págs.
2. Revista *Arcadia*, edición 21, junio, 2007.
3. Rafael Baena, *Tanta sangre vista*. Bogotá, Alfaguara, 2007, 314 págs.
4. Revista *Arcadia*, óp. cit.



Rafael Baena a los tres años de edad. Archivo particular.

Acaso intuyendo que la historia siempre se repite, como Noam Chomsky declarara alguna vez, Rafael Baena emprendió la tarea de revisitar el periodo de la Guerra de los Mil Días para, desde sus pliegues, acaso desde su intrahistoria, narrar la vida de tres generaciones a través de la intermitencia de un relato más psicológico que esquemático. En *Tanta sangre vista* importa, lejos de querer recuperar hechos específicos dentro del momento de la historia que trata, proponer una estructura profunda en la cual la narrativa se sobreponga a lo simplemente anecdótico, la historia hecha novela lejos está aquí de ser fría documentación arqueológica: “De ser totalmente fiel a los hechos que se investigan como telón de fondo, la invención literaria y aquello que constituye la fábula no asomarían más que como datos insignificantes dentro del mamotreto de los acontecimientos, no puedo simplemente transcribir la realidad porque en lo personal, y como escritor, sería un asunto aburridísimo”, explica Baena al interrogarse sobre el lugar y alcances de lo histórico en su obra. “En este primer libro, los lugares son intercambiables, una novela que bien puede ser histórica aunque los lugares sean ficticios. Así sucede por ejemplo en el Macondo garciamarquiano: aunque no se hable de una geografía exacta, lo que allí se narra es muestra clara de los hechos que marcaron nuestra historia más o menos reciente, y que, desde el río Bravo hasta la Patagonia, son comunes a toda nuestra América hispana. He querido, sin ser pretencioso, contar una historia común a todos, sacar los hechos de su ámbito parroquial para ponerlos en un contexto compartido, que es el que realmente corresponde a la realidad literaria, política y social del continente”.

5. Rafael Baena, *¡Vuelvan caras, carajo!*, Bogotá, Editorial Pre-Textos, 2009, 334 págs.

Seguido de *Tanta sangre vista*, publicaría, a mediados de 2009, una segunda novela, “ya lineal, algo más fiel a los asuntos historiográficos” y construida desde la metahistoria. Se trata de *¡Vuelvan caras, carajo!*⁵, suerte de libro de memorias es-



En su primera comunión.

critas por el capitán Angus Malone alrededor de la figura del coronel Juan José Rondón, “héroe de la independencia, poco biografiado y salvado del completo anonimato gracias a dos o tres acciones, de valor suicida, que condujeron a la victoria al ejército libertador y a él le valieron el agradecimiento del generalato”⁶.

Después de dedicarse a la labor periodística durante casi treinta años, cubrir con su cámara y su pluma toda clase de acontecimientos, desde el proceso 8.000, la crisis en los diálogos con el M-19, los innumerables atentados a la geografía colombiana a cuenta del conflicto (“de nuevo la guerra, el monotema”—como sentencia uno de los personajes de *Tanta sangre vista*—), los enfrentamientos sociales en Centroamérica, escribir sobre desplazamiento, fumigación, economía, e incluso disponer de toda suerte de seudónimos para firmar textos de aquí y de allá sobre asuntos tan inverosímiles y diáfanos como son los reinados de belleza, la aparición de actores, cantantes y otros especímenes de la farándula, hasta asuntos de ecología, gastronomía o folclor—bajo nombres como Samuel Pala, John Marcano, Sandra Cavalbanti o Pedro Contreras—, Rafael Baena se da finalmente a la tarea de desentrañar el pasado a partir de la primera persona de un protagonista de la Guerra de los Mil Días. A la par del relato de un joven amante de los caballos y la libertad, éste va tejiendo una lectura interior que redefine los gélidos contornos de la violencia, mientras que esa otra historia profunda empieza a ser narrada. Lo mismo

6. “Los hombres no contados”. Texto de Baena alrededor de *¡Vuelvan caras, carajo!*, publicación digital en la página web de la revista Cronopio, <http://www.revistacronopio.com/?p=619>



A caballo.

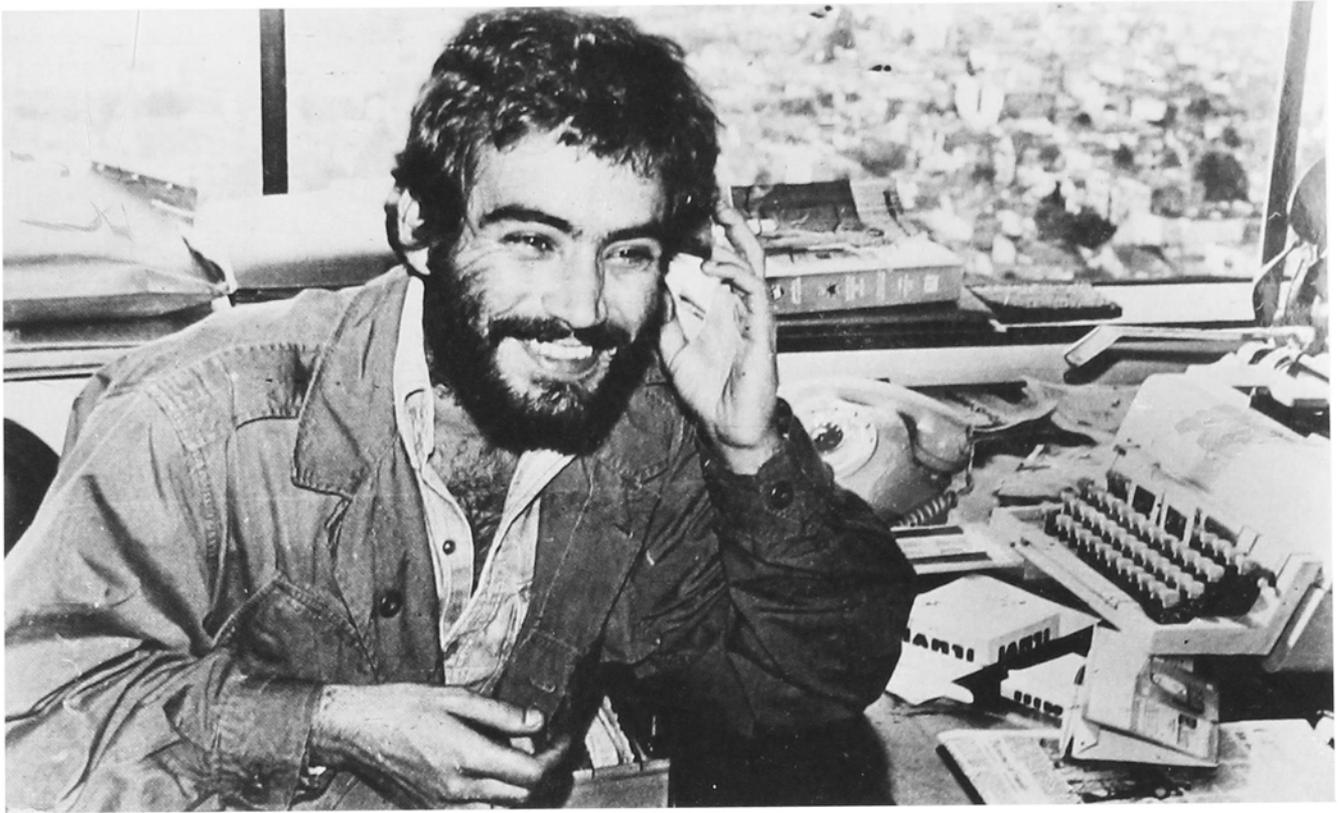
ocurre con *¡Vuelvan caras, carajo!*, libro en el que Juan José Rondón es delineado fuera de las fachadas alegóricas de la heroicidad, es más bien el campesino, hijo de un esclavo, que cuenta la intrahistoria de nuestra memoria americana.

—*¿Cuáles son los oficios de Rafael Baena, cómo llegó a la escritura como profesión?*

—No soy graduado en nada pero estudié Economía, luego probé con la Historia, e hice también un año de Derecho. Postergando la tesis y el grado en Economía, me vi obligado a trabajar dado que mi padre no podía seguir ayudándome. Él era barranquillero y vivía allí. Yo llevaba ya un buen tiempo en Bogotá, por lo que me vi empujado inevitablemente a ingresar a la máquina demoledora, debía entonces buscar la manera de sobrevivir. Así inicié mi vida en el periodismo. Llegué a éste sabiendo que era, como bien podía observar en el mundo literario, el camino digamos que, más propicio para llegar a la escritura. Sabía que era un buen primer paso, inteligente y plausible, dado que éste confiere la disciplina del oficio. El periodismo me absorbió tanto que olvidé aquél objetivo inicial durante algo más de veinticinco años. Un día lo recordé y emprendí la tarea.

—*¿Cómo inicia Rafael Baena en los medios, cuál fue, a grosso modo, su recorrido por la reportería y el periodismo en general?*

—Hacia 1979 llegué a la revista Antena, dirigida entonces por Fernán Martínez. Allí me ofrecí como fotógrafo. Para mí el estar tras una cámara representa la punta de lanza del oficio periodístico, el mascarón de proa, incluso la parte más romántica de este diario y atropellado quehacer. No había trabajo para ello, por lo que ofrecieron, en su lugar, la oportunidad de desempeñarme como redactor, haciendo un primer texto sobre Liz Taylor. Sin pensarlo demasiado, acepté el reto. Posteriormente, trabajé en el Diario del Caribe, Cromos y —ya en televisión— en Teledeportes y Noticias Uno. Fui *free lance* para agencias internacionales, corresponsal de fotografía e hice algo de *stringer*. Por ese entonces, hacia 1989, inicié mi relación con Amalia, mi esposa y madre de mis tres hijos, por la época en que fue asesinado Luis Carlos Galán (en Colombia los recuerdos personales se asocian por lo general con los recuerdos colectivos). Tiempo después, estuve en Centro-



Rafael Baena como reportero en la revista Antena, “cada semana más buena” (1980). Archivo particular.

américa tratando de abrirme camino con mi cámara. Sólo que, en 1991, y tras un año de haber regresado a Colombia, un accidente me obligó a dejar de manera temporal la reportería, por lo que decidí volver a la televisión ya como editor del Noticiero de las 7. Recuperado a medias, retomé la reportería gráfica como coordinador de fotografía de la revista Cambio 16, donde luego fui editor de cultura y al final editor general. Más adelante pasé al diario El Espectador como editor de domingo, en seguida como jefe de fotografía en la revista Cromos y por último en la revista Credencial, de la cual soy, en la actualidad, editor general.

—¿En qué momento nace pues su obra?

—Ya en Credencial, opté por llevar al tiempo mi trabajo en el periodismo y el proceso de la escritura. Sentía que era el momento de darme a la literatura pues ya tenía de qué hablar. Allí contaba con algo más de tiempo pues el oficio de editor de una revista mensual me permitía en este caso disponer de espacio para emprender el proyecto de novela así como la investigación que *Tanta sangre vista* demandaba. Inventarse mundos requiere de espacio, apartarse un poco de ese ritmo esclavizante al que me veía obligado en las redacciones y la reportería. Hacia finales de 2004 finalicé mi novela, en la cual invertí un año en su escritura y otro tanto corrigiéndola. ¡*Vuelvan caras, carajo!* ocupó quizá menos tiempo. En mi caso, y que no llegue a sonar pretencioso, no me toma el tiempo que a los escritores les lleva hacer sus libros. Este trabajo se asemejó al de una hilandera, ir y volver sobre los textos como en una espiral. *Vuelvan caras...* obedeció a una investigación profunda en la cual me vi abocado a acelerar la escritura de este libro y publicarlo antes de la novela en la que venía trabajando luego de *Tanta sangre vista*. Manuel Borrás, interesado primero en mi segunda novela, cuyo título inicial sería *Samaria Films XXX* —por ahí vengo trabajando en otro libro llamado *La bala vendida*— se vio atraído ya en esta “tercera novela” dada la coyuntura del americanismo, muy a propósito del bicentenario de la independencia en el 2010, pero que vería la luz mucho antes de que el tema fuera agotado al si-

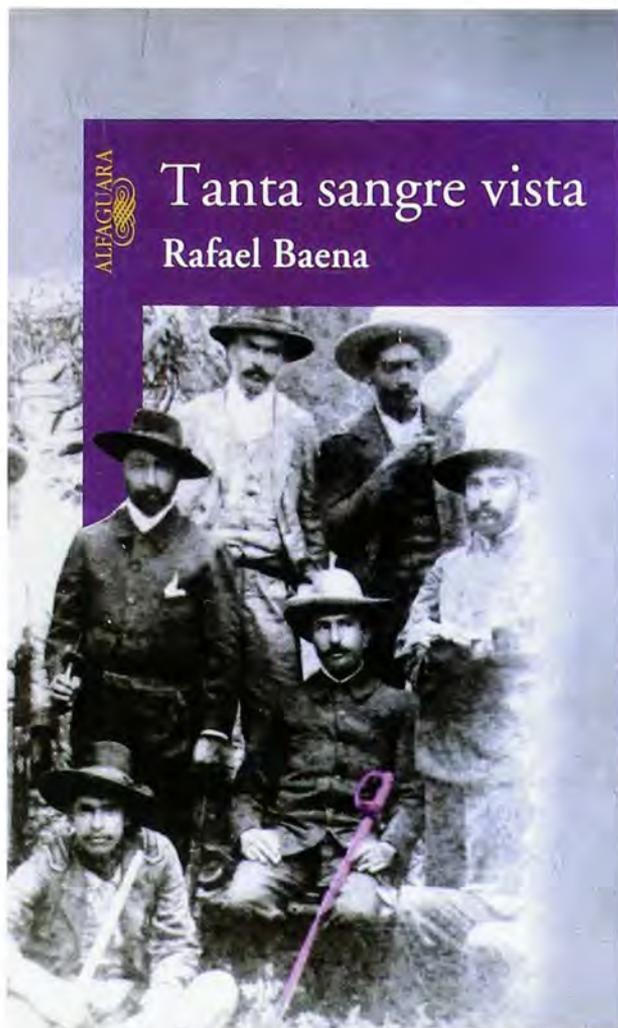


En sus años en Cromos (1984). Archivo particular.

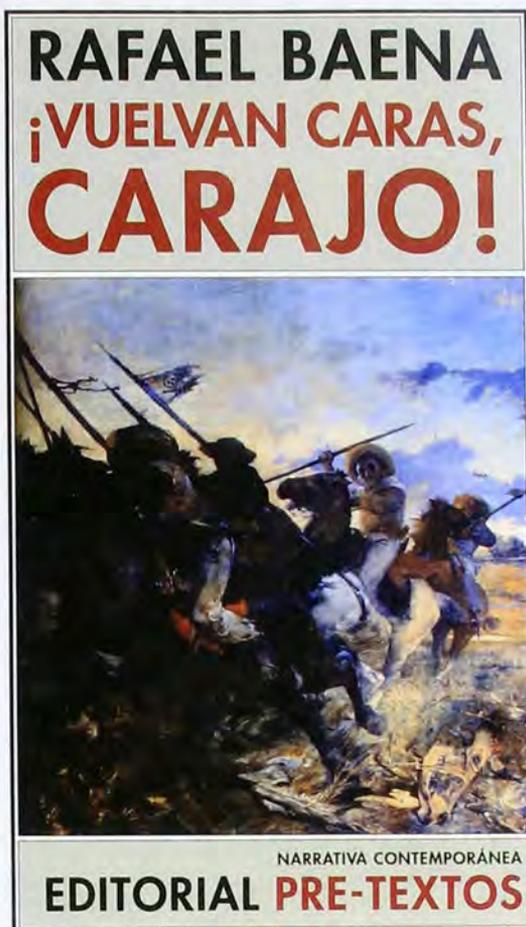
guiente año por la avalancha de publicaciones alrededor de esta efeméride, todo a cuenta del efecto bumerán, con el cual los medios no parecen estar muy familiarizados. *Samaria Films XXX* es, en cambio, una novela que pudo haber sido escrita por un tailandés y, que de alguna forma, no está directamente asociada con los temas históricos tratados en mis otros libros.

—*Lejos de la novela historiográfica y de la inmediatez narrativa, su obra demuestra que el lenguaje puede estar a salvo de los condicionamientos del tema que le mueve. ¿Cree que el periodismo le sirve, le limita o le condiciona al momento de escribir?*

—Todo a la vez: mi oficio como redactor de prensa me resulta útil en la medida en que me da herramientas tales como la capacidad de síntesis y la desaprensión frente al papel en blanco, un mal que suele aquejar a los escritores dedicados de tiempo completo a la literatura. En otras palabras, no me tomo demasiado en serio a mí mismo y no siento que estoy haciendo ‘arte’, sino llenando el boquete que me han dejado en el alma tres décadas de ejercicio periodístico. Pero también me limita y me condiciona, pues es muy grande el peligro de caer en obviedades, lugares comunes, reiteraciones, muletillas y toda clase de minas quiebrapatatas lingüísticas, dado que el lenguaje periodístico, casi que por definición y en aras de valores tales como la claridad y la universalidad, debe evitar las formas alambicadas. Entonces, como yo lo veo, se trata de encontrar el fiel de la balanza, el tan mencionado como esquivo punto medio que aporta desde el lenguaje pero al mismo tiempo, más que crear talanqueras, invita al lector a sumergirse en una historia que debe ser amena y relativamente fácil de leer, pero con algo de ‘calado’, algún tipo de subfondo, de segundo, tercero y hasta la ene niveles de lectura, en la medida de lo posible.



Cubierta del libro *Oficiales liberales en la Guerra de los Mil Días* (1900). Sentado, al centro, el mayor Hermógenes Ordóñez, odontólogo santandereano, bisabuelo de Rafael Baena. Fotografía que sirve de carátula a la edición de *Tanta sangre vista* de la editorial Alfaguara. Archivo particular.



Cubierta del libro *¡Vuelvan caras, carajo!*

—*La condición humana, por encima de los hechos que apoyan la novela, llevan a leer Tanta sangre vista como un relato íntimo que bien podría ocurrir en ésta o en otra época de nuestra violencia. ¿Por qué ha tomado la Guerra de los Mil Días? ¿Qué le movió a elaborar un corpus narrativo bajo el catalejo del conflicto y la historia colombiana?*

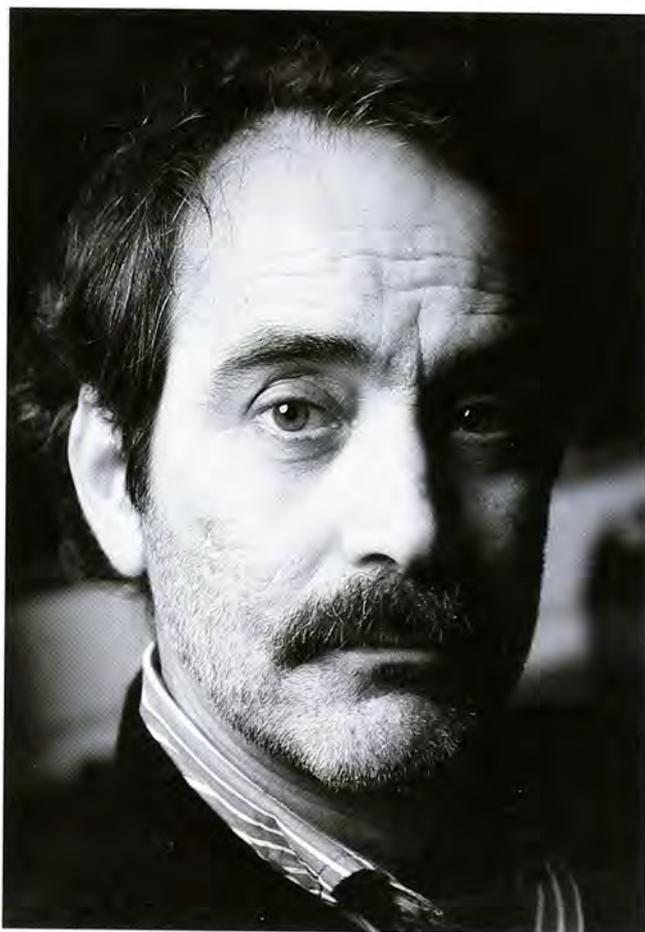
—El afán de encontrar las raíces, si bien no las explicaciones, de toda(s) nuestra(s) violencia(s), es la causa que me ha llevado a tomar la historia y el conflicto como temas recurrentes. Tengo muy mala memoria y por eso no recuerdo qué escritor dijo que finalmente los autores no hacen nada distinto a escribir siempre el mismo libro... sólo que en varios tomos. Cuando uno lee a ciertos autores, piensa que a lo mejor es así, pero también puede suceder que en mi caso hayan coincidido ciertas preferencias bibliográficas con mi gusto por los caballos, la caballería y las novelas de aventuras.

Lo del corpus me parece relativo, porque de hecho ya tengo escrita una novela, de momento inédita, que se desarrolla aquí y ahora en el siglo XXI y no se parece, ni formal ni temáticamente a *Tanta sangre vista* o a *¡Vuelvan caras, carajo!*

—*En algún momento, usted declaró en una entrevista que antes no tenía un motivo lo suficientemente fuerte para escribir. Ahora, después de haber trabajado durante*



Chalatenango (El Salvador), 1985. Donación de tabacos para el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Archivo particular.



Rafael Baena. Fotografía: Manuel Calle.

un buen tiempo como reportero y periodista, ¿qué le mueve ahora a hablar de algo externo a usted? ¿Por qué no ha escrito algo más personal, o en qué sentido pueden estas dos novelas tener algo que ver con Rafael Baena?

—Quizá mi ‘carreta’ no sea tan ‘externa’, sino muy íntima y personal. En el fondo, sigue nutriéndose de la misma materia prima con la que he procurado ejercer el periodismo. En otras palabras, explorar los orígenes de la violencia, pero intentar intercalar en el relato salvedades, trazos que pretenden ser hermosos desde el punto de vista del lenguaje o de los sentimientos humanos. No sé si lo haya logrado o no, pero sí puedo garantizar que he hecho el esfuerzo porque sé que todo no pueden ser narraciones de batallas y soliloquios de matadores de hombres.

—¿Piensa en su ejercicio como algo de alguna forma beligerante, espera algo en sus novelas en un sentido estricto, acaso para remediar la desmemoria?

—No pienso en términos de remediar nada, ni de luchar en pro de cualquier idea. Soy muy ortodoxo en ese sentido y sigo creyendo que el primer compromiso de un escritor es con la escritura; la buena escritura, la amena, la eficaz en la medida en que sea comprensible. Aunque en honor a la verdad debo reconocer que sí experimento el impulso ulterior de dejar constancia, de hacer el papel del notario, del escriba que levanta actas.

—¿Cómo fue el proceso de escritura de sus novelas? ¿Cómo siente que se ha dado esa necesaria calma para apartar la emoción y dejar que los personajes fluyan?

—Durante la fase de escritura de mis novelas procuro trabajar todos los días, con una disciplina y un horario que marquen cierto ritmo. Es necesario que ello sea así para poder ajustar mi tiempo con el del mundo real laboral, lo cual resulta ser una



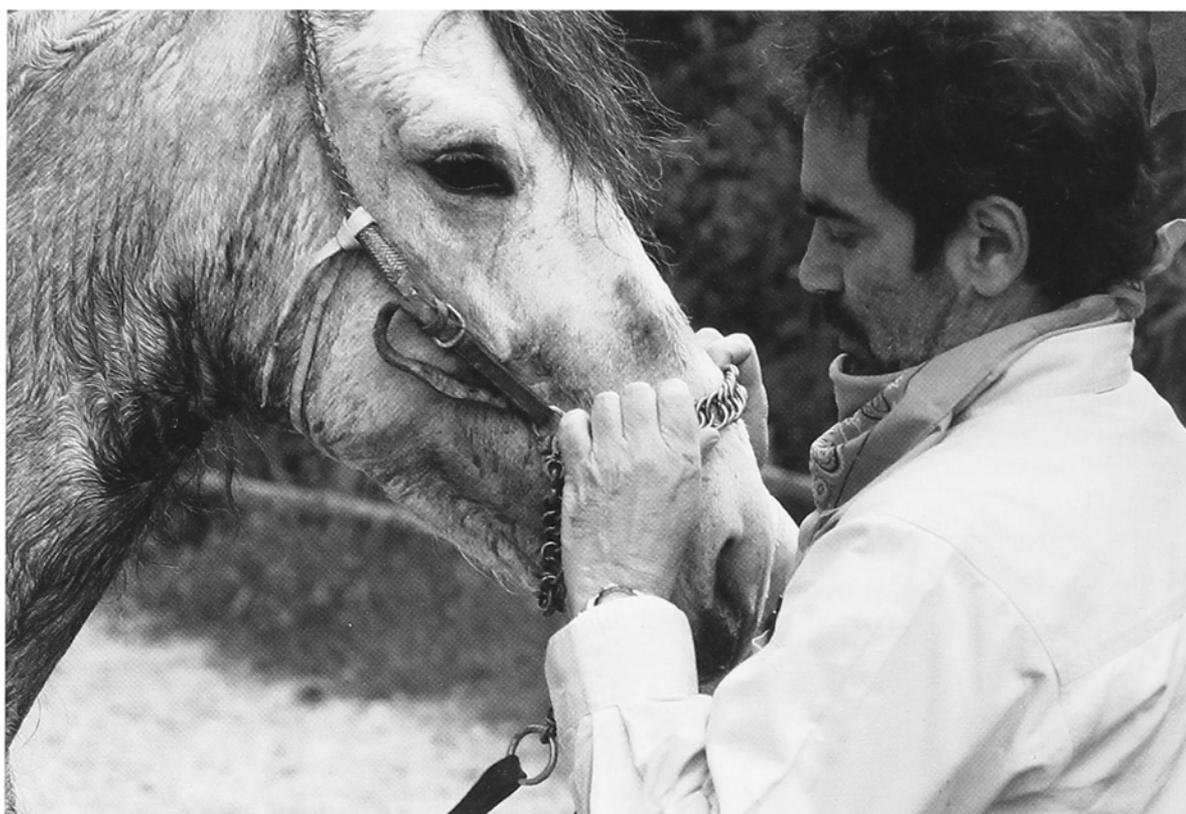
Baena, su esposa Amalia Carrillo y sus tres hijos. Sopó (Cundinamarca), 1998.

ventaja porque creo que, del mismo modo en que los seres humanos son ritmo, la buena literatura también debe serlo, no sólo por razones estéticas, sino porque pienso que los autores debemos cuidar a los pocos lectores que quedan, facilitándoles de alguna forma la labor. De paso, es probable que podamos revertir la tendencia y hacer que cinéfilos y teleadictos regresen al redil.

—*Hablaba usted en algún momento de García Márquez como un modelo narrativo. Sin embargo, su forma de escribir, la de Rafael Baena, posee un lenguaje incluso más limpio y fluido que no parece tener influencias cercanas. Por un lado no hay ese lenguaje fragmentario de la novela cinematográfica, ese abuso del lenguaje que posee la novela sicaríesca. Por el otro, la escritura por ejemplo de Tanta sangre vista demuestra algunas breves licencias en los saltos entre la primera y la tercera persona y sus personajes poseen un léxico que no excede o transgrede la verosimilitud en nombre de alguna postura costumbrista. ¿Cuáles son en este sentido sus influencias, sus lecturas? ¿Cuáles sus inicios como lector, los momentos en su oficio como periodista que poco a poco lo fueron llevando al ejercicio de la escritura?*

—De Gabriel García Márquez quisiera haber heredado el tono desparpajado de narrar que él a su vez dice haber heredado de su abuela, el cual es el mismo que por lo general busco en los autores que me gustan. La lista, como siempre en estos casos, sería enorme, pero digamos que todos los autores del *boom*, salvo algunos sobrevalorados, ocupan los primeros lugares de mi muy personal clasificación; sumados a ellos una buena porción de autores de habla inglesa, de antes y de ahora, desde Walter Scott hasta Graham Greene, pasando por Conrad, Fitzgerald, Mailer, Capote, Talese y los paraperiodistas, claro está, inevitables para alguien que trabaja en prensa. En fin, un sancocho adobado además con textos de la gente de Rolling Stone, New Yorker, Vanity Fair y etcétera.

De resto, unos franceses por aquí, un par de rusos por allá, un alemán entreverado, alguna gente entrañable de Europa Central y, por supuesto, algunos españo-



Rafael Baena junto a Odiseo (2007).

les, no muchos porque estudié en un colegio con pedagogos españoles y desarrollé algunas fobias ante la mención de ciertos nombres. Unos pedagogos tremendos, aquellos curas españoles que se despojaban del reloj de pulso para emprenderla a cachetadas contra los díscolos.

—En ¡Vuelvan caras, carajo!, *Angus Malone se excusa por la traducción que de su libro se hace al decir: “Y si bien su labor fue excelente porque jamás me malinterpretó, hay frases y giros para los que hubiese preferido equivalencias más diáfanas, pero ni ella ni yo hemos podido encontrarlas”. Esa apuesta por el lenguaje permite otras lecturas paralelas sin caer en la llana reportería. Incluso justifica más la belleza en el léxico y el uso medido de la sintaxis y las figuras en esa “lengua de Cervantes”. ¿Baena es un escritor que gusta del periodismo? ¿Dónde vivía su notable hábito como escritor, por tanto tiempo escondido?*

—Ojalá supiera dónde estaba escondido, pero menos mal lo estuvo tanto tiempo porque a lo mejor no era el momento de incursionar en la literatura. Me debía, más que nada, a mi familia y a las responsabilidades derivadas de asumir la paternidad como la parte más importante de la existencia. Cada hijo, tu relación de pareja, son parte de tu vida. No están al lado tuyo, sino que están en ti, todo el tiempo, sin tregua.

Así las cosas, queda poco tiempo para sentarse a escribir cuentos o novelas, algo que podría parecer un tanto veleidoso cuando tienes al frente objetivos muy concretos, tan específicos como el grado de fulanita, el dentista de zutanita y el beso que conforte a perencejito.

Ya que lo pienso, mejor que resultara de esa forma, porque a lo mejor no estaba listo mentalmente para escribir libros. A lo mejor en mi inconsciente vivía un pánico escénico, la certeza de saber que la literatura es el camino más rápido entre el anonimato y el desprestigio.



Fotografía: Amalia Carrillo.

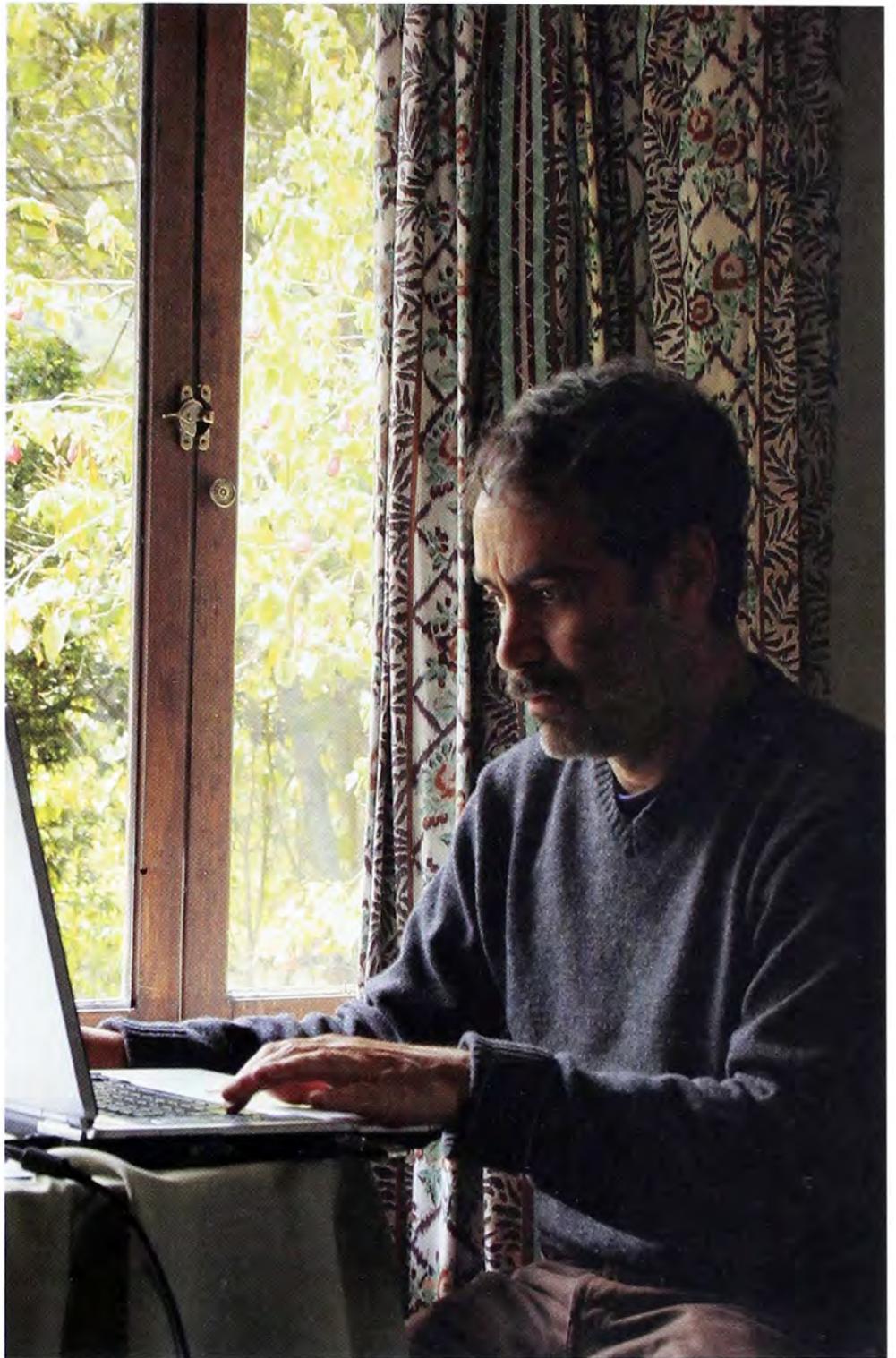
—¿Qué textos o elementos le sirvieron de apoyo para escribir? ¿Cómo fue el proceso de investigación?

—Biografías, memorias de viajeros, novelas decimonónicas, textos de estrategia militar, los recuerdos que conservo de las historias de la Guerra de los Mil Días, contadas por mi abuela y por mi padre, quien a su vez los escuchó en boca de su abuelo, un hombre culto que peleó en la zona de Santander en el ejército liberal, más una mezcla de guerrillas que un ejército, para ser exactos.

—En *Tanta sangre vista hay*, como se suele decir en el lenguaje cinematográfico, algunos índices que marcan el curso de la historia apartándola del relato plano y llevando la lectura a su desenlace. En este caso, los caballos, la música —Chopin—, el cortejo medido, en otro sentido, el recorrido de los ejércitos, la incertidumbre, el acto automático de seguir órdenes o emprender alguna cruzada suicida, las escopetas de fisto y los viejos fusiles Remington. ¿Cuál fue entonces el fin último de esta novela, cuál su estratagema, su excusa? ¿Cómo ve la violencia actual? ¿Acaso es narrable, desde su óptica como escritor?

—El fin último, el que está por encima de todos los aledaños, de los que surgieron después y de los que seguramente surgirán, era y es sentirme bien, autosatisfacerme, sacarme el clavo después de casi tres décadas de pluma mercenaria, al servicio de causas que no eran las mías y que si lo fueron terminaron traicionándonos a todos, a los periodistas que ejercimos lo nuestro como un sacerdocio y, lo que no tiene perdón, al público. A nuestro favor sólo resta decir que nosotros también nos creíamos el cuento.

La violencia actual no es más que la secuela de las violencias anteriores, y a su vez el origen de las violencias por venir. Es un ciclo inacabable, el cuento del gallo capón, porque los colombianos, como nación, hemos sido inferiores al humano reto de aprender a perdonar, a tolerar las diferencias, a no echar más sal en heridas aún abiertas.



Rafael Baena. Fotografía: Amalia Carrillo.

—*Ryszard Kapuscinski hablaba alguna vez del verdadero reportero como alguien que realmente hace presencia en las zonas de conflicto y no detrás de un escritorio como suele ocurrir con algunos cronistas y escritores. ¿Ve usted en su oficio y trasegar periodístico señas de esa sentencia? ¿Cree, según sus libros, que es mejor, acaso éticamente más viable, hablar sobre lo cercano?*

—Estuve cerca del olor a pólvora y cordita, a sangre seca y sangre fresca, a muerto de días y muerto de horas. Por lo general, la gente cree que el reportero de guerra, del eufemístico 'orden público', vive corriendo agachado para que no le vuelen la cabeza. La verdad es que las horas se pasan dentro de carros alquilados, recorriendo distancias inconmensurables detrás de las declaraciones de algún condotiero de nueva laya, de tipos tan parecidos en su talante como en los tonos de sus trajes

camuflados. Es tedioso y juro por lo más sagrado que jamás he escuchado a un colega alegrarse por haber estado bajo fuego. El que lo hace, no estuvo allí cerca, como pregonaba Kapuscinski y, antes de él, Robert Capa, el Kapuscinski de los fotógrafos, que son la punta de lanza de la reportería de guerra.

Afortunadamente no viví tales tedios durante todos estos años de ejercicio, pero sí el tiempo suficiente como para saber que la palabra ética es mejor no pronunciarla, por respeto a uno mismo, a los demás y al concepto mismo, tan manoseado por todos.

De origen cercano o lejano, desde el campo de batalla o desde el escritorio del pensador ensayista, literatura es literatura y con eso debería bastar.

—*¿Qué parte de Rafael Baena vive en sus personajes? ¿Acaso esos afectos que se leen entre líneas, mientras transcurre la angustia de la guerra, bañada, sin embargo, por la fuerza de la condición humana?*

—Toda literatura es autobiográfica en mayor o menor medida. Cada personaje habla desde el alma de su creador, aunque esté basado en documentos y haya surgido de una investigación. De modo que en ellos hay mucho de mí. En otros habita lo que quise ser y no fui, o rasgos de conocidos que, al ser filtrados por mí a través del teclado, terminan siendo míos.